Cuéntame fantasías para noches frías

Andrés Felipe Londoño Vélez

Cuéntame fantasías para noches frías

Andrés Felipe Londoño Vélez

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2024
© Andrés Felipe Londoño Vélez , 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-74-5
IBIC: FP
DEPOSITO LEGAL: M-16043-2024

Este libro está dedicado a Ángela Álvarez, permanente apoyo, que escuchó con atención y amor durante las noches frías cada palabra de este texto.

Mi gratitud a Luz Stella Martínez, instigadora de la escritura de este libro.

1

Flor caprichosa

Sabía que era inapropiado escribirle o llamarla porque estaría al lado de su familia, así que dejé el celular a propósito y así no tendría la tentación de hacerlo. Cometí el error de comentárselo, y en ese momento supe que era una caprichosa, una flor caprichosa, porque consciente de la imposibilidad de recibir mensajes o llamadas y además de la tentación que yo tendría, reaccionó con brusquedad y dureza, y determinó arbitrariamente, e inspirada por su antojo, que yo nunca debía dejar el celular. Esta flor caprichosa y bella talló en mi memoria una huella que nunca se borraría y es que los

deseos de esa flor, por impulsivos e ilógicos que fueran, siempre se deberían satisfacer.

Después de estar *cogiendo* conmigo todo el día, se levantó de la cama apurada para ganar los valiosos minutos que podrían despertar alguna sospecha. Salió del *Airbnb* justo a las 7 p. m. para llegar como una buena esposa y madre a los brazos de su marido y sus hijos. La esposa hacendosa, casera y orgullosa, que cuida y atiende a su familia, que triunfa en su trabajo, que es ejemplo para su comunidad.

Éramos de grandes jornadas de sexo, entregados a una carnalidad sin límites, en la que dejábamos la piel y el alma. Explorábamos en nuestros encuentros cada deseo, la profundidad de nuestro amor y un resentimiento permanente causado por nuestras ideas contradictorias sobre lo que significaba estar juntos.

Al día siguiente, volvía a mi cama para seguir amándonos, incluso con el cuerpo enrojecido y amoratado. Nunca entendí cómo ocultaba las huellas de mi pasión desaforada.

Luego de un par de días me iba, regresaba a mi hogar que estaba a cientos de kilómetros de sus besos. No volvíamos a vernos hasta que nos extrañábamos más allá de la cuenta o cuando una trama

de mentiras nos posibilitaba rencontrarnos para consumirnos el uno al otro.

Era mía y era de él, mientras yo era solo suyo. Mi imagen de amarle de verdad era tenerla solo para mí, mientras que la suya era tenerlo todo. Sentía un gozo especial cuando lo hacía con él y me dejaba sutiles pistas que me permitían intuirlo, y con ello moría lentamente o explotaba en ataques de ira incontrolable que terminaban en una sucesión de golpes a la pared; al final, detenidos solo por la sangre de mis propios nudillos, el dolor y el llanto desgarrado.

Siempre pensé que lo que hacía con ella, en mi rol de amante, era incumplir el mandamiento de «no desear a la mujer del prójimo», así que cada vez que se iba, también sufría mi alma en silencio. Ser un neurótico y el amante de una mujer casada es el peor de los negocios.

En la cama, conmigo, las normas sociales, los cánones de la mujer hacendosa desaparecían y se volvía una cínica. Desnuda, cubierta de los olores más interesantes del sexo, ebria por el exceso de copas, solía reírse del mundo, de las reglas que ella misma seguía, describiendo lo divertido de su actuación. Me sentía intimidado, pero al mismo

tiempo guiado por un placer culposo: el impulso a la transgresión.

Un día, entre besos y exploraciones, un poco embriagados por el vino y por horas de darnos placer, comenzamos a hablar sobre ese deseo de quererlo todo, ese anhelo que la desbordaba. Entré, todo estaba en oscuridad y ella me pidió que me estuviera en silencio, que hoy solo quería sentir.

La oscuridad gobernante despertó otros sentidos, el tacto de su piel siempre cálida, su olor que me inundaba y los placeres de sentirnos; pero no estábamos solos, otras pieles estaban allí, y su tacto me tensionó, había senos de más, pero también brazos gruesos de más. Había un hombre y una mujer, y el tacto se convirtió en un frenesí, que no permitía entender lo que pasaba. Los besos ya no correspondían solo a los de mi amante, eran los de aquellos dos nuevos seres que colonizaban nuestro espacio. Era tal el deseo, la locura y la oscuridad, que no supe cuándo terminé entregándome, justo en la misma posición que yo solía *coger* a mi amante, para sentir por primera vez la dureza de un pene en mi interior, mientras que también por primera vez sentía la boca de varios amantes en todo mi cuerpo.

Al final, después de un éxtasis que saltaba de uno a otro, nos rendimos a los abrazos cálidos de muchos cuerpos. La luz se encendió de repente y entre el dolor del cambio de la sombra a la claridad y la risa de mi amante, de la flor caprichosa, logré ver su inconfundible silueta justo al lado de la puerta. Sonreí. Pero la sonrisa se me quitó rápido cuando ella, dirigiéndose a quien estaba a mi lado, dijo: «Amor te presento a mi amante, él me *coge* justo los días que no lo hago contigo ».

La chica a nuestro lado, confundida, dijo: «Amor, ¿quién es ella?». Todos nos mirábamos con una mezcla entre confusión, furia e incredulidad.

Al final, el silencio incómodo se rompe, cuando mi amante saca de un bolso el revólver Beretta Laramie calibre 45, que me contó que había comprado y que siempre pensé que era una fantasía o una mentira, y lo dejó sobre la mesa diciendo: «Ahí os lo dejo...».

Aquí estoy, contando la historia. Ya se imaginarán cómo logré salir del *Airbnb*. Aún hoy tengo miedo de volverla a ver, volver a ver a la flor caprichosa.

2

Una historia de ayer

De rodillas me encontraba ante tu vientre,
y te vi en el camino invitándome a que entre,
mientras jugabas con ansiedad con el bello cerrojo,
yo movía la llave con insidioso antojo.
Cuando activo con la llave aquel cerrojo,
me miras con lujuria y me dices: «¡Que me mojo!».
El espectáculo de sexo obliga a que me adentre
y que disponga mi energía y la concentre.
Estocada tras estocada para que el placer te encuentre,
revientas con tus amores tal como una fuente,
y ante el placer que he de cernir con mi llave, exijo
que tus manos ágiles ayuden a derramarme donde elijo.

3.

Dorita

A Dorita le llamó la atención no verme salir de la oficina, y preguntó con confusión ansiosa a dónde me había ido. Era la confusión de quien enfrenta la primera aparición de la senilidad. Andrea levanta la cabeza clavada en su portátil y le dice: «Felipe se fue hace rato». Dorita, incrédula, no entendía nada; se quedó paralizada en la puerta, esperando, sin decirlo, que Andrea le explicara. Andrea la mira y le dice:

—Dime, Dorita.

—*Doc*.... es queee, qué pena, *Doc*., es que no me despedí del Dr. Felipe.

—Él ahora viene. ¡Uyyyy!, Dorita, ¡le gustó ese mono!

—¡Ay doctora!, no diga eso, qué pena... es que no lo vi salir.

Dorita cerró la puerta aún apenada.

Al escuchar que la puerta se cerró, Andrea volvió a su portátil y yo, bajo el escritorio, volví a lo mío.

Ya sin su braga de encajes, del más delicado corte, y sus piernas en la posición más imposible, estuve en el lugar más grato.

Los besos recorrían sus muslos, como si un camino me llevara a través de las llanuras lisas de su piel, con los colores que se separan por fronteras de lo íntimo y lo privado. Esas fronteras que el sol ha dibujado entre la piel descubierta y la que cubre el traje de baño.

Por esas líneas recorro con mis labios, con mi lengua, con mis dedos que tocan cada uno de los rincones que la hacen temblar y sé que cuando llegue con mi boca al fuego de su interior se incendiará.

En movimientos lentos, exploradores y sintiendo su más intenso aroma, me sumergí de cabeza en su sexo, como devorando, como devorado. Entregado al placer y entregado a sus olores, sus

sabores, su tacto; me desenfreno en movimientos que terminan conectando mi boca con el centro de todo placer.

Andrea se arquea y ahoga su grito tapándose la boca con ambas manos.

Salgo de mi escondite y me siento, tratando de regular mi respiración y lamiendo los sabores que aún quedan en mis labios. Y en esas entra Dorita. Me mira perpleja y dice:

—¿*Doc.* me deja ir para la casa? Es que me siento como rara, ni me di cuenta de cuándo entró el Dr. Felipe.